

TEORIA DEL
DESARROLLO CAPITALISTA

Segunda edición

PAUL M. SWEEZY

INTRODUCCION

La sociedad es algo más que un número de individuos. Es un número de individuos entre los cuales existen ciertas relaciones precisas y más o menos estables. La forma de la sociedad es determinada por el carácter y la forma de estas relaciones. Las ciencias sociales abarcan todas aquellas ramas del conocimiento que tienen por fin el estudio y la comprensión de estas relaciones y de sus cambios en el curso del tiempo.

Se dirá que todo esto es obvio hasta la banalidad. Y así es. Pero conviene recordar también que las cosas más evidentes son a menudo - las más importantes. Desdeñar lo evidente es peligroso. Veamos, como un ejemplo, la moderna ciencia de la economía política.

La economía política es generalmente aceptada como una ciencia social; para convencernos, no tenemos más que consultar un catálogo universitario. Su materia o asunto se obtiene del campo de la producción y distribución de mercancías y servicios que la gente necesita y desea. Según estas dos premisas, parecería ser una legítima conclusión la de que la economía política estudia las relaciones sociales (interpersonales) de la producción y distribución. Qué son estas relaciones, cómo cambian, y su sitio en el conjunto de las relaciones sociales, parecerían ser los - temas de investigación indicados.

Pero ¿es así como los economistas ven las cosas? Echemos un - vistazo rápido a la obra del profesor Lionel Robbins, Naturaleza y significación de la ciencia económica, * para aclarar el punto. No escogemos el libro del profesor Robbins como un ejemplo riguroso, sino simplemente como un resumen adecuado de opiniones que sustentan muchos de los economistas modernos. ¿Considera el profesor Robbins la economía política como una ciencia social en el sentido de que trata en primer término de - las relaciones entre las gentes?

"La definición de la Economía que lograría más adeptos.....es

(*) Está publicado en español (trad. de Daniel Cosío Villegas) por Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

la que la relaciona con el estudio de las causas del bienestar material" -nos dice- (p. 4). * Esta, seguramente, no es una definición muy prometedora, ya que sugiere toda clase de ciencias naturales y aplicadas que difícilmente ^{podría esperarse} dominara el economista. Podemos, por lo tanto, agradecer al profesor Robbins su decisión de rechazar esta forma de abordar la cuestión. Para llegar a la esencia del asunto, pasa luego a considerar "el caso del hombre aislado que divide su tiempo entre la producción de un ingreso real y el placer del ocio" (p. 12).** Aparece aquí nuestro buen amigo Robinson Crusoe. y el profesor Robbins encuentra su conducta muy instructiva. Sin regresar a tierra firme, el profesor Robbins elabora una definición de la economía política: "La Economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación" (p. 15). ***

Esto no se parece mucho a la definición de una ciencia de relaciones sociales. Parece ser más bien la definición de una ciencia de la conducta humana en general. No nos sorprende, por lo tanto, encontrar que esta ciencia produce resultados que son generalmente adecuados a todas las formas de la sociedad, es decir, a las condiciones más diversas en cuanto a la clase de relaciones existentes entre los miembros de la sociedad. "Las generalizaciones de la teoría del valor -según el profesor Robbins- son tan aplicables a la conducta del hombre aislado o a la de la autoridad ejecutiva de una sociedad comunista como a la conducta de un hombre en una sociedad de cambio" (p. 19). **** Lo mismo, sin duda, podría decirse de las generalizaciones de la fisiología. El profesor Robbins no llega precisamente hasta afirmar que la economía política no es una ciencia social, pero le disgusta evidentemente la opinión de que lo es. Si tomáramos el punto de vista de los economistas clásicos, -

* p. 24, ed. en esp.

** P. 34.

*** P. 39.

**** P. 43

dice, sería "posible considerar la materia de la economía como algo social y colectivo". Con la apreciación más reciente de la importancia de la opción individual, sin embargo, "este enfoque principió a ser menos y menos conveniente" (p. 103). Nos dice, además, que en vez de estudiar la suma de la producción total de la sociedad y su reparto -es decir, el resultado de las relaciones sociales de producción- "consideramos (el sistema económico) como una serie de relaciones interdependientes aunque conceptualmente discretas entre hombres y bienes económicos.* En otras palabras, el sistema económico no es considerado principalmente en términos de relaciones entre hombres y hombres (relaciones sociales) sino en términos de relaciones entre hombres y cosas.

Sería un error concluir que el economista moderno no tiene -- ningún interés en las relaciones sociales de producción. Por el contrario, está constantemente empeñado en investigaciones de un carácter manifiestamente social. Esgrimirá tal vez estas investigaciones como prueba de que los cargos que se le hacen a ese respecto son injustos. Pero esto pasa por alto el punto esencial que estamos tratando de establecer. Es perfectamente cierto, claro está, que aplicando o utilizando el aparato conceptual de la teoría económica, se tropieza inevitablemente con las relaciones sociales y es preciso ponerlas a discusión. El punto que nos interesa subrayar es que la construcción de este aparato conceptual está proyectada para superar cualquier juego particular de relaciones sociales. En consecuencia, estas últimas entran en el cuadro sólo incidentalmente, como si dijéramos, y en el plano de la aplicación. Decimos incidentalmente porque no es forzoso que entren. El hecho de que la teoría económica se suponga igualmente aplicable a Robinson Crusoe y a diversos tipos de economía social, prueba esto. Para decirlo de otro modo, la exposición de la teoría económica es principalmente un proceso - de construcción e interrelación de conceptos que han sido despojados de todo contenido específicamente social. En la aplicación real el elemento social puede ser (y comúnmente lo es, ya que Robinson Crusoe es mayormente útil e interesante en las etapas preliminares de la exposición teó

* Cursiva del autor.

rica) introducido por medio de exposiciones ad hoc, que especifican el campo de la aplicación.

Tratemos de aclarar nuestro pensamiento examinando el concepto particular "salario", que juega un papel en todas las teorías económicas modernas. El término se toma del lenguaje corriente, en el cual significa las cantidades de dinero pagadas, a intervalos cortos, por un patrono a sus obreros asalariados. La teoría económica, sin embargo, ha vaciado este contenido social y ha redefinido la palabra como el producto, ya se exprese en valor o en términos físicos, que es imputable a la actividad humana empeñada en un proceso productivo en general. De este modo Robinson Crusoe, el artesano independiente y el pequeño propietario agrícola, lo mismo que el trabajador fabril, ganan todos, en este sentido, un salario, aunque en el habla común, por supuesto, sólo el último pueda considerarse propiamente como un asalariado. En otras palabras, el "salario" se convierte en una categoría universal de vida económica (la lucha por dominar la escasez) en vez de una categoría adecuada a una forma histórica particular de la sociedad.

Estudiando el sistema económico actual, los economistas introducen, ya explícitamente o bien por inferencia, las suposiciones institucionales y sociales que sean necesarias a fin de que el salario tome la forma de pagos en dinero, de los patronos a los obreros asalariados. Lo que hay tras esta forma, sin embargo, se deriva de los teoremas de la productividad, que en sí mismos están enteramente vacíos de contenido social. De este punto se pasa de manera natural y fácil a tratar el salario como "realmente" o "en esencia" la productividad marginal del trabajo, y a considerar la relación entre el patrono y el obrero que se expresa en el pago real de salario, como incidental y de ninguna significación particular en sí misma. Así, el profesor Robbins declara que "las relaciones de cambio (en este caso entre patrono y obrero) son un incidente técnico..... subsidiario del hecho fundamental de la escasez" (p. 19).

Ni termina aquí la cuestión. Una vez adoptado el punto de vis

ta que se acaba de establecer, es extraordinariamente difícil, aún para el más prudente, evitar deslizarse al hábito de considerar el "salario" de productividad como, en cierto sentido, el salario razonable, es decir, el ingreso que el obrero percibiría bajo un orden económico equitativo y justo. No nos referimos a las justificaciones del sistema económico actual que los viejos economistas acostumbraban presentar en términos de la teoría de la productividad. Eran demasiado vocingleras y obvias y hace mucho que pasaron de moda. Nos referimos a un empleo mucho más sutil de la teoría de la productividad como norma de deseabilidad por los críticos del statu quo. Tanto el profesor Pigou como Mrs. Robinson, por ejemplo, sostienen que el obrero es explotado si recibe por su salario menos que el valor del producto físico marginal de su trabajo.¹ De este modo se critica por inferencia el sistema económico actual en la medida en que no llega a adaptarse a un patrón hecho de conceptos -- que carecen totalmente de contenido social. Algo que tiene una notable semejanza con el modo ley-natural, siglo XVIII, de juzgar a la sociedad, introducen así de contrabando por la puerta trasera aquellos que se guardarían bien de presentarlo abiertamente en el salón principal.

Se podría hacer un análisis parecido y llegar a resultados muy similares, si tuviéramos que examinar otros conceptos centrales de la teoría económica, tales como la renta, el interés, la ganancia, el capital, etc. Pero el punto está ya, probablemente, bastante claro. En cada caso los conceptos se toman del lenguaje corriente se les extrae el contenido social y las categorías universales que resultan se aplican indistintamente a toda clase de sistemas económicos. Se considera entonces que estos sistemas difieren unos de otros mayormente en cuestiones de forma, no esenciales en lo que concierne al economista. Y aún puede ser, como hemos visto que sean evaluados, no en términos sociales, sino con relación a modelos abstractos que se piensa tienen prioridad en importancia lógica.

Parece obvio que en esta forma el economista elude una exploración sistemática de aquellas relaciones sociales tan universalmente consideradas como concernientes a los problemas económicos, que están hondamente encajadas en el lenguaje cotidiano del mundo de los negocios. Y es

más evidente aún que el punto de vista básico que la economía política - moderna ha adoptado la inhabilita para la tarea más vasta de arrojar luz sobre el papel del elemento económico en el complejo conjunto de las relaciones entre hombre y hombre, que forman lo que llamamos sociedad.

Parece razonable suponer que el estado de cosas que ha sido brevemente esbozado en los párrafos anteriores, tiene bastante que ver con lo que podemos justamente definir como un sentimiento difundido de insatisfacción con los economistas y sus obras. Siendo este el caso, podría parecer que el procedimiento más fructífero sería emprender un exámen de los dogmas y creencias centrales de la economía política moderna, desde el punto de vista de sus deficiencias como verdadera ciencia social de las relaciones humanas. El análisis crítico de esta índole, sin embargo, es en el mejor de los casos una ingrata tarea, y está comúnmente expuesto al cargo justificable de no ofrecer nada constructivo en lugar de lo que se rechaza. Hemos decidido, por consiguiente, abandonar el terreno - de la doctrina aceptada, convencidos como estamos de que hay razones de inconformidad con ella, y explorar otra forma de emprender el estudio de los problemas económicos, a saber, la asociada al nombre de Karl Marx.

En lo que sigue, por lo tanto, nos ocuparemos muy ampliamente de la economía política marxista. No debe pensarse que esto implique ninguna intención de revelar "lo que Marx quiso realmente decir". A este - respecto hacemos la suposición simplificante, aunque tal vez no obvia, de que quiso decir lo que dijo, y nos asignamos la tarea más modesta de descubrir lo que se puede, si algo, se puede aprender de Marx.

mmn.